

y se pega el estofado.

No se aprecia la pintura
de Don Pedro Bruguete:
el Canal 47
tiene toda la verdura.

Se desprecia la hermosura
de la Imagen Medieval,
por un quiebro de cintura
de la Yola Berrocal,

Se cambian las partituras
de Mozart y de Chopín
por esa caricatura
que canta Tony Genil.

¡Ya está bien de caraduras,

de El Risitas y El Po Sí,
de Karmele y Jesulín,
de Pocholo y sus locuras!

¡De las grotescas figuras
de Tamara y Matamoros,
de Cotorras y de Loros,
en Hoteles de impostura!

Por el divino tesoro:
¡¡NUNCA MÁS TELEBASURA!!»

Este fue el clamorosamente celebrado colofón
de nuestra fecunda actividad viajera por España
en el curso 2002-2003.

VIAJE DEL VERANO 2003 “LOS 37 DEL PELOPONESO”

Por

JOSÉ MARÍA LÓPEZ PUERTA

AÑORADA, esperada y deseada, llegó la comunicación del Patronato del Arte de los Amigos de los Museos de Osuna para hacer un viaje a Grecia, El Peloponeso y algunas Islas Griegas.

Prevista la misma para partir el día 14 de septiembre, se adelantó un día, lo que auguraba buenos presagios.

El 13 de septiembre salimos, vía Barajas, hasta nuestra llegada al nuevo aeropuerto de Atenas. Era el atardecer y en nuestro vuelo habíamos visto las Islas Baleares, la Isla de Cerdeña, el sur de la bota italiana y ya llegando muchas luces de la provincia de Ática.

Al salir del aeropuerto esperaban el autobús y nuestro agente, contándonos a grandes rasgos nuestro programa de viaje y enseñándonos algunas palabras en griego como “buenas tardes”: *kalispera* o buenos días: *kalimera*.

Ya en el horizonte se divisaba la montaña de Ymittos y por la autopista nos dirigíamos hacia nuestro hotel, el Zafolia, situado en una gran avenida de Atenas y donde una buena cena dio paso al descanso del viaje.

Al día siguiente, tras conocer a nuestra guía, que nos acompañaría en todo el viaje y deseamos un *kalimera* agradable partimos hacia el Cabo Sounio bordeando el Golfo de Salónica. El mar de un azul intenso nos hacía soñar con historias de otro momento.

Tras una hora de viaje, apareció el Cabo Sounio. A su nordeste estaba el Santuario de Atenea y allí en lo alto el Templo de Poseidón, construido unos 440 años a.C. Templo dórico constaba de 13 columnas y había estado decorado con esculturas hoy prácticamente desaparecidas. El dios Poseidón en la mitología era hermano del dios Zeus y del dios Hades, dioses que se habían repartido el poder de la Tierra, al igual que el dios de los babilonios Marduk, lo había repartido con sus hermanos en la anterior civilización babilónica. Poseidón, que en la época romana adquirió el nombre de Neptuno, era el dios de los mares, de las fuentes, de los ríos y de las aguas. Se representaba surcando las olas, en un carro tirado por caballos marinos.

Este lugar de Poseidón en cabo Sounio, sitio de encrucijada de griegos, persas, atenienses y jónicos se acompañaba de la leyenda de la muerte del rey de los atenienses Egeo, al precipitarse por sus acantilados por creer, tras divisar un barco con velas negras, al que todas las tardes esperaba, que su hijo Teseo había muerto en lucha con el Minotauro en el laberinto de la corte del rey Minos en Creta.

Desde aquel entonces todo el mar que ante nuestros ojos veíamos se llamaba en su honor, mar Egeo.

Por la tarde, tras la comida, visita libre. Fuimos a la catedral, lugar donde nuestros reyes se habían desposado. Después callejamos, vimos otros templos bizantinos y casi todos asistimos en la catedral católica romana a misa, por cierto con un coro de voces extraordinario. De vuelta, ya cansados, entramos en una taberna, donde el inglés de nuestro compañero Luis, era interpretado amablemente por un cliente que allí estaba y que trataba de traducir al camarero griego, al que no entendíamos ni nos entendía nada. Un buen

vino y un *pork giros* nos ayudó con mucha alegría a mitigar el hambre y nos condujo, tras una final marcha, hasta el descanso en nuestro hotel, donde los astigitanos ya habían llegado.

Tras el desayuno, el día 15, partimos a conocer el Peloponeso. Nuestro autobús caminó a través de avenidas y carreteras, bordeando el mar y permitiéndonos ver, tras unos 30 minutos de recorrido, la Isla de Salamina, lugar en que los griegos obtuvieron la victoria contra los persas en el 480 a.C., y así poco a poco nos acercamos al Canal de Corinto, canal abierto por Lesseps, en el istmo que une la península y el continente.

A la derecha mirando el Peloponeso, el mar Jónico y el golfo de Corinto, a su izquierda el golfo de Salónica y el mar Egeo, y tras un pequeño descanso, fotos y compras partimos por la Argólida hacia Micenas deteniéndonos antes en Argos donde algunos compramos ánforas y otros objetos típicos griegos.

Micenas, lugar de cíclopes y construcciones ciclópeas, reino de Agamenon rey, cantado por el poeta Esquilo y muerto a manos de su mujer, Clítemnestra, tiene una cultura propia, que se reconoce como micénica, y que a diferencia de la minóica, aporta una innovación en sus construcciones cuyos principios pueden verse desde los palacios de Micenas y Tirinto hasta los templos de la Grecia clásica que todavía ofrecen su influencia en la arquitectura actual.

El Palacio de Micenas, morada de los héroes de

Homero, está en lo más alto de una colina (Acrópolis) a la que se accedía a través de una muralla, pasando junto a piezas laterales y antiguas tumbas, hasta un patio a cielo abierto en cuyo centro ardía el fuego. El dios tutelar de la ciudad tenía su sede y culto oficial en casa del soberano, el cual, a su vez, era su sumo sacerdote.

Tras ver la tumba de Agamenón y tras una parada para comer, caminamos hacia Epidauro, ciudad donde 500 años a.C. existía el Santuario de Asclepio (Esculapio), dios de la Medicina al que se venía a consultar de todos los confines de Grecia, ya que entre sus dones se incluía la capacidad de hacer milagros. Se representa mediante un tronco de árbol y una serpiente rodeándolo, con lo que se quería rememorar el intento de Esculapio de resucitar a Zeus lanzando un rayo contra el suelo del que brotaron las serpientes. El teatro de Epidauro nos sorprendió por su magnitud y su magnífica acústica. En este lugar la orquesta se colocaba en un círculo central, mientras los *hipócritas* o actores aparecían por los Parodi o puertas laterales. En el centro del teatro José M^a Rodríguez Buzón, recitó unos bonitos versos de Machado.

A unos 30 km llegamos a Nauplia, ciudad que en el dominio veneciano fue la capital de Grecia, y muy cerca de la capital, próximo a la costa y entre arboledas estaba nuestro hotel de la cadena Amalia. La cena animada y la tertulia en uno de sus salones de Luis, José Antonio, Mariano y yo magnífica.



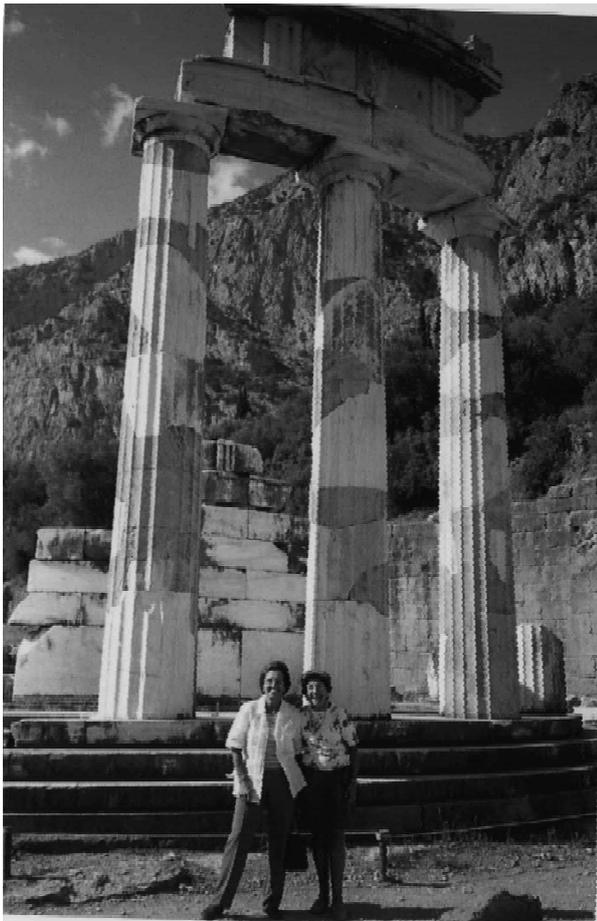
El sueño reparador nos recuperaría del cansancio acumulado.

El martes 16 partimos tras el desayuno hacia Olimpia, un día lluvioso nos saludaba, y así atravesando una zona de valles entre montañas avistamos Argos, ciudad con un hermoso castillo medieval en su colina y que en las luchas por el dominio del mar entre Corintios y Atenienses, desempeñó el importante papel de aliada Corintia y rival en esta liga, de los habitantes de Esparta ciudad cantada por Homero y que situada más al sur no visitamos. De Argos y siguiendo entre montañas a Trípoli y de aquí a Megalopoli (ciudad grande), donde una parada sirvió para que algunos compraran en un bazar recuerdos y camisetas de los próximos juegos olímpicos. Al retomar el camino atravesamos las montañas de Arcadia cantada como el lugar idílico de los Ascetas, por lo mucho que sus moradores debían trabajar para subsistir. Hasta la comida nuestra guía nos relato algunas cosas mitológicas como la vida de Hermes dios del comercio y de los bandidos y de su hijo Pan, dios de patas de chivo, inventor de la flauta y tan feo que su sola visión determinaba Pánico.

Una vez que pasamos el río Claveo, comimos en un restaurante entre moreras y vides, degustamos la comida con vino ácido del lugar y luego Olimpia, lugar dedicada a Zeus olímpico. Dios supremo de los griegos y que en la noche de los tiempos venció en este lugar a Cronos anterior padre de los dioses. Para festejar este hecho surgen los juegos olímpicos, y aunque en todas las ciudades de Grecia se celebraban juegos en honor de una u otra divinidad, los más importantes siempre fueron los olímpicos. Desde el 776 a.C. se celebraron cada 4 años estos juegos, cantados por Solon quien comentaba: «los músculos y la fuerza son para el cuerpo humano lo que la criba para el trigo, la cascarilla se elimina y solo queda el trigo puro». Los juegos se celebraron hasta el 393 d.C. En Olimpia pudimos ver su gimnasio donde los atletas se preparaban, la palestra donde se luchaba, los restos de una iglesia bizantina bajo la que había estado el taller de Fidias, genial artista al que se deben multitud de obras de la Grecia clásica como su *Zeus olímpico*, su *Palas Atenea*, cuyo brillo, del casco y lanza de oro obtenido en la batalla de Maratón, los marinos al entrar en el Pireo divisaban en la Acrópolis de Atenas; o la representación de la batalla entre Amazonas y Atenienses en la época de la Amazonomaquia. La vista del enorme templo de Zeus con sus columnas caídas parece por un terremoto, el paso por el templo de Hera, de donde actualmente parte la antorcha olímpica, nos condujo a la entrada del estadio bordeada antiguamente por 12 metopas que

narraban historias de Hércules y a través de un hermoso arco que flanqueaba su puerta llegamos al ansiado estadio. La vista magnífica; allí se celebraron los famosos juegos, allí atravesando el sagrado bosque de Altis es donde la multitud ingente acudía para ver a sus héroes, allí era donde los jueces *Helanoditas* aseguraban por juramento la pureza de los juegos para acabar colocando al héroe vencedor la corona de olivo *Caristefano*. En este lugar en el que las mujeres no podían entrar se narraban historias de Hércules, de Filipides héroe que en dos días salvo 220 km para avisar a los espartanos de la invasión de Ática, por los persas. O la historia de Diomedon muerto tras 42 km de carrera entre Maratón y Atenas para anunciar la victoria de Milciades sobre los persas. Allí hablaron filósofos e historiadores. Algunos de los viajeros corrieron y la corona se la llevó por su energía y entusiasmo M^a Pepa. Por la noche en medio de una arboleda descansamos en nuestro hotel Amalia, algunos fueron hasta la ciudad y compraron camisetas olímpicas.

Día 17 hacia Patras. Como siempre aprovechando el camino, nuestra guía nos relato la historia del cisma surgido entre la Iglesia Romana y la Griega en el 1054, así como algunas de las características de la iglesia ortodoxa y la simbología de sus pinturas e Iconos. Pronto avistamos el mar Jónico y el golfo de Patras y distinguiéndose en lejanía la iglesia con cúpula de estilo bizantino edificada en el lugar que sufrió martirio San Andrés, la cual visitamos, así como otra más antigua y próxima a la misma, pudiendo contemplar en su interior la tumba de Justiniano y la cruz de San Andrés. Algunos viajeros como recuerdo se hicieron fotos, tomamos café y nos dirigimos al puerto para cruzar el Jónico en transbordador. Nos dirigimos a Naupaktos (Lepanto), último reducto del reino de Venecia con sus castillos construidos en el 1500 por los turcos otomanos y donde tuvo lugar la batalla de su nombre el 7 de octubre 1571. La fortaleza y el puerto de Lepanto bellísimos. En el autobús y a su salida de la ciudad música de Espadrukatis, playas, islas, olivos, pinos, eucaliptos, cipreses y mar; el mar Jónico de un azul turquesa transparente que lamía el terreno rocoso de sus orillas. Al pasar una curva, allí estaba el lugar al que nos dirigíamos, el monte del Parnaso y en él Delfos. Antes de llegar atravesamos Itea con sus minas de bausita. Nuevamente estábamos en el golfo de Corinto. Era el medio día, dentro de la población, en una de las laderas de la montaña la reconfortante comida con unas vistas espectaculares hacia el golfo de Corinto y hacia las montañas. Aquella calurosa tarde bajamos al templo de Atenea Pronaia, más de uno desistieron de llegar al mismo por temor a la ulterior subida. Más tarde el museo de Delfos nos reservaba el ver de cerca el Auriga de bronce de una belleza y perfección sin par.



El día había sido completo y el descanso y el hotel nos aguardaban. Un paseo por el pueblo y la visita a sus talleres de orfebres nos terminó la tarde. La puesta del Sol y las montañas nos transportaban a la noche. En la cena uno de los viajeros astigitanos se puso enfermo. La visita al hospital próximo y la poca fe de los griegos en sus sistemas sociales fue toda una experiencia. Hacia las 12 nos acostábamos para un merecido descanso.

Día 18. El desayuno en la montaña con el sol irradiado por los ventanales nos avisaba del nuevo día. Por la carretera y a poca distancia estaba el santuario de Apolo, dios de la luz y la verdad, protector de la poesía y de la música cuya figura destacaba entre las más gloriosas del Olimpo. La vista del templo fue de una belleza difícil de describir. La Delfos antigua se asentaba en la montaña sobre una plataforma dominada por el Parnaso al pie de empinados escarpados, inclinándose hacia un profundo precipicio, viviendo en un ámbito de impresionante silencio, aislada del mundo y en medio de las fuerzas primitivas de la naturaleza. En lo alto del Parnaso, más arriba del santuario de Apolo las bacantes celebraban sus orgías en honor de Dionisos, venían de Ática, y Beocia danzaban al son de flautas y de obsesionantes tambores, liberaban así su alma del cuerpo, y penetraban en el futuro para profetizar. Al santuario de Apolo acudían de todo el mundo

Helenico a pedir consejo y protección, entregando a cambio donativos o construyendo monumentos como el ofrecido por los atenienses tras su victoria de Maratón que contaba con 16 estatuas.

Pueblos y ciudades acudían a preguntar al oráculo. Antes de entrar en el templo los peregrinos se bañaban en la fuente Castalia y luego leían las innumerables inscripciones del templo como «conócete a ti mismo». Dentro del templo donde los peregrinos no podían entrar estaba la sacerdotisa de Apolo la Pitonisa sentada sobre un trípode, entrando en trance como los médium modernos, profiriendo palabras sin sentido; palabras que los sacerdotes ordenaban componiendo frases que tenían varias interpretaciones de forma que la respuesta difícilmente fallaba. Estábamos en lo que se había considerado el ombligo –el centro– del mundo, que se representaba por una piedra cuya copia también vimos. El templo de Apolo tenía un canon o medida apropiada y ascendimos viendo la roca de Sibila antecedente de Pitonisa, la que hablaba “entusiasmada” o en trance. Más alto llegamos al teatro y ascendimos hasta el estadio donde se celebraban los juegos Píticos. Desde el estadio obtuvimos magníficas fotos.

Salimos del Parnaso a Arajova, estación invernal donde nos detuvimos y muchos compraron artículos que allí se vendían. Luego nuevamente la comida y cruzando Beocia y la ciudad de Tebas y dejando de lado el lago de Maratón llegamos a Atenas. Aún nos quedaba tarde por lo que algunos optamos por conocer el museo Benaki cuyas 36 salas recorrimos, joyas, pinturas vestidos y costumbres populares pasaron ante nuestros ojos. La cena junto al hotel dio paso al descanso. Al día siguiente comenzaba una nueva etapa esta vez por mar.

Día 19. El despertar muy temprano y a través del denso tráfico de Atenas llegamos al grandioso puerto del Pireo, donde el buque *Aegan I* nos esperaba.

El embarque, el reparto de habitaciones, el canje de pasaportes, la salida del puerto y los ejercicios de salvamento llenaron el resto de la mañana. La comida y la tertulia mientras navegamos entre islas, hicieron que rápido llegáramos hacia las seis a Mykonos. La visita a la ciudad un recuerdo imborrable, anduvimos por sus calles estrechas, entre sus casas blancas con ventanas y dinteles de azul intenso, fotografiamos sus capillas, sus molinos de viento en una pequeña loma y pudimos pasear entre sus restaurantes, al lado del mar y formando parte del mismo. La caída de Estrella no tuvo consecuencias importantes que no fueran un pequeño susto. A las 10 de la noche partimos. La cena, la charla y el espectáculo en uno de los salones del barco, dieron paso al descanso.

Día 20. A las 7 de la mañana avistamos La isla de Rodas en el “Dodecaneso” y poco a poco Mandrakis, su puerto, se iba acercando. A lo lejos el palacio del gran Maestre de la orden hospitalaria se perfilaba como la ciudadela fortificada. A las 9 pisábamos Rodas, la isla del clima maravilloso, de las flores, de las serpientes y de los ciervos. Una nueva guía nos esperaba para visitar la isla del comercio, morada de sabios y artistas que fueron capaces de realizar obras tan maravillosas como las figuras de Laoconte y sus hijos, la victoria de Samotracia y sobre todo su famoso coloso considerado una de las 7 maravillas del mundo y destruido en el 225 a.C. por un terremoto. Anduvimos por la Rodas helénica y por la de los caballeros de San Juan y de Malta en el siglo XIV, vimos las casas francesa y española donde sus caballeros se reunían y tras la comida en el barco salimos hacia Lindos. Deteniéndonos antes de llegar en un taller de cerámica.

Lindos fue centro de la cultura en el 1100 a.C., lugar de nacimiento de uno de los 7 sabios de Grecia. Un reto fue la subida hasta su acrópolis donde existe un templo consagrado a Atenea Lindia restaurado en la dominación italiana. Desde lo alto una vista del llamado puerto de San Pablo, nos compenso ampliamente. Cuando bajamos, innumerables mujeres vendiendo bordados turcos que algunos compraron. Las casas medievales del pueblo y una maravillosa iglesia llena de iconos y pinturas un recuerdo magnífico de la excursión. A nuestra vuelta aún quedaba tarde por lo que casi todos desembarcamos nuevamente y paseamos por el zoco de la ciudad. Una tienda para recordar la de Grigorios Katsaridis.

Día 21. Patmos. Se nos sirvió el desayuno a las 6 y como el Aegan no podía entrar en el puerto, desembarcamos en lanchas que se aproximaron al costado de nuestro barco. En esta seca isla, de 34 km², fue donde San Juan en el exilio y en la llamada cueva de la revelación, escribió, o mejor dicto a su discípulo Prócolos su *Apocalipsis*. La visita al monasterio de San Juan y la subida de 45 escalones hasta la gruta fueron un test de salud cardíaca. Estábamos en domingo y en la cueva se celebraba la santa misa en rito ortodoxo, todo ello nos impregnó de agradables recuerdos. Desde la popa del barco cuando nos alejábamos la vista de la isla y su monasterio eran de singular belleza.

Tras la comida pronto divisamos las costas de Asia Menor y poco a poco nos aproximamos a las orillas de Turquía. La entrada al puerto de Kusadasi, mientras veíamos otros grandes barcos, estuvo algo retrasada. Pronto nos encontramos en tierra y sentados en un autobús para partir hacia Efeso, situado a unos 80 km. En el camino

nuestro guía nos habló sobre el caudillo Ataturk en su lucha contra los ingleses y nos comentó que 1 euro equivalía a 1.530.000 liras turcas, esforzándose en comunicarnos que los turcos eran prácticamente europeos. Tras una importante subida plagada de curvas en las que nuestro autobús parecía querer mantenerse difícilmente y en un paraje plagado de vegetación y protegido por el ejército, llegamos a la casa donde la tradición señala pasó sus últimos años la Virgen María. La visita emocionante. Unos tres millones de peregrinos acuden a él anualmente. Fuera de la casa la fuente de los 3 chorros para tras 3 nudos realizar 3 peticiones. La tarde muy calurosa. Después al bajar la montaña estaban las ruinas de la ciudad de Efeso, ciudad donde se reúnen las culturas griega, persa y romana. Su vía marmórea, la biblioteca de Celsius, su ágora o plaza comercial, los templos de Adriano y Domiciano, las casas de las colinas sus termas y tantas construcciones, bien conservadas, son testigos mudos de aquella civilización, de cuando Efeso era puerto de mar. A la vuelta a Kusadasi, aun tuvimos tiempo para visitar su Zoco.

Una vez embarcados, salidos ya del puerto la cena de gala, mientras el barco comenzaba a moverse. Unos pocos aun subimos al salón principal donde se ofrecía el “cóctel del capitán”. Los movimientos iban arreciando, por lo que casi todo el mundo se retiró a su camarote a tratar de descansar.

Día 22. Llegamos al Pireo y tras desembarcar, nuestro autobús y nuestra guía esperando para acompañarnos. Pronto llegamos al templo corintio de Zeus Olímpico que admiramos en toda su grandeza. Al reanudar nuestra visita, se nos mostró, el estadio Palatino, donde en 1896 se celebraron los primeros juegos olímpicos de la era moderna. El palacio del presidente de Grecia, antiguo palacio de los reyes griegos, fue nuestra siguiente vista y ya muy cerca la Acrópolis se perfilaba como nuestra meta. Una vez en ella y tras atravesar el Ágora o mercado, llegamos a los Propileos o vestíbulo encontrándose a su izquierda, mirando a la cumbre, la Pinacoteca y a la derecha el templo de Atenea Nike. Una vez pasado el vestíbulo apareció el Partenón. Templo dedicado a Atenea cuyas proporciones por su grandiosidad y perfección son majestuosas. Frente al mismo en el lugar sagrado por excelencia de la Acrópolis se encuentra el Erecteón lugar donde según la tradición Atenea y Poseidón disputaron la posesión de Ática y en él, la elegante tribuna de las cariátides era algo espectacular. Dando la vuelta al Partenón pudimos ver el Odeón fastuosa sala de conciertos del siglo II d.C. Vimos el museo y luego todos nos dispersamos para en soledad contemplar mejor los monumentos. Como ruido las máquinas de fotos de los turistas recogiendo sus carretes. Como recuerdo un dibujo de lPartenón de Fernando.

La tarde de compras nos permitió ver de nuevo la plaza Sintagma. La huelga de taxis ese día, la vuelta en autobús y la cena frente al hotel son las últimas notas. Al día siguiente a las 5 nos levantábamos para nuestra última etapa viajera. Esa vez íbamos

hacia España, hacia Andalucía y hacia Sevilla, Osuna o Ecija, según de donde cada cual hubiera partido. El viaje había terminado. Quedaban los recuerdos. A todos mis mejores felicitaciones.

TEMPLO DE POSEIDÓN

